

FERRER Y LA HUELGA GENERAL

Francisco Ferrer Guardia

Prólogo de
Anselmo Lorenzo

2036
BIBLIOTECA LIBERACIÓN

1

Am 76
130



FERRER

Y

LA HUELGA GENERAL

*Recopilación de los artículos de F. FERRER (Cefo)
publicados en la Huelga General de Barcelona*

CONSIDERACIÓN PREVIA

POR

ANSELMO LORENZO



PRECIO: **15** CÉNTIMOS

1910

Consideración previa

En esta sociedad aburguesada en que vivimos, que limita toda noble aspiración, que deprava todo generoso sentimiento y que se desarrolla entre un disolvente antagonismo de intereses, que pretende justificarse con la fórmula de colorido científico “la lucha por la existencia”, Ferrer fue un hombre verdaderamente excepcional.

Hombre de inteligencia clara y carácter recto. Ferrer rechazaba, cuanto era humanamente posible, las hipócritas sinuosidades del convencionalismo y del oportunismo, y podía considerarse como el primero entre el corto número de los sinceros, de aquellos para quienes la lógica halla en línea recta el pensamiento, la palabra y la acción.

Sus enemigos, hallándose en situación diametralmente opuesta, le conocieron bien: por eso se conjuraron para perderle y consiguieron su propósito.

Sus amigos, triste es manifestarlo, teniendo con él solamente concomitancias parciales y hallándose generalmente distanciados, no pudieron conocerle, porque le vieron a través de sus preocupaciones o de sus conveniencias, y le juzgaron como un excéntrico bondadoso.

Si todos los que elogian hoy a Ferrer y su obra se hubieran unido a él cuando vivía y trabajaba; si la propaganda oral y escrita y los

recursos reunidos en pro de la memoria de Ferrer muerto se hubieran acumulado para secundar la iniciativa de Ferrer vivo, no tendríamos monumentos ni nombre de calles, plazas y paseos en gran cantidad, enalteciendo el nombre del precursor y del mártir, pero tendríamos muchas escuelas racionalistas en el mundo que, en todos los idiomas de la civilización y relacionados entre sí, pronto hubieran estado a punto de entregar a una nueva generación racionalmente educada los destinos de la humanidad.

Inútil es lamentarlo; no sucedió así porque era imposible: el vulgo, y ante las grandes personalidades del genio y del carácter ya se sabe que son vulgares muchos hombres calificados de eminentes, no pudo dejar de vivir supeditado al atavismo, al medio y al mísero antagonismo dominante, y se elogia a Ferrer, más por el rutinario culto a los muertos que por el deseo de proseguir su obra. Y tanto es así, que si buscamos ideas entre los que se agitan para honrar la memoria de Ferrer, sólo hallamos políticos que preconizan la enseñanza obligatoria laica, o pedagogos que discurren sobre tecnicismo profesional, dirigiéndose todos a una enseñanza cívica. De la enseñanza racionalista de la Escuela Moderna, apenas si logran dar una idea, confundiéndola casi siempre con el tipo de la escuela laica, que es como únicamente comprenden la negación de la enseñanza religiosa tradicional.

Hay un aspecto poco conocido en la personalidad de Ferrer que conviene poner en claro. A Ferrer sólo se le conoce como antiguo

revolucionario zorrillista o como fundador de la Escuela Moderna; de su intervención en el movimiento obrero sólo se sabe lo que, acerca de una ligera muestra de simpatía hacia la federación Solidaridad Obrera de Barcelona, se dijo en su último proceso, y lo que sirvió de tema a ciertas malévolas declaraciones de algunos políticos.

Para la generalidad era, o un revolucionario jacobino, o un filántropo educador. Con tales calificaciones, los que le juzgaban, siendo incapaces de comprender su grandeza altruista, le tenían por una especie de quijote, desconocedor del mundo, destinado a estrellarse contra la realidad.

Como todo el que se separa de las grandes masas o agrupaciones por haber adquirido personalidad propia, no obedecía a ningún partido y no podía aplicársele ninguna denominación de carácter colectivo. En una carta dirigida a unos jóvenes barceloneses desde la cárcel de Madrid les decía:

“No juguemos con palabras: liberales, republicanos, anarquistas... tan sólo palabras, de las que debemos huir los que marchamos de todo corazón hacia el ideal de la regeneración humana.”

No siendo un partidario, no pudiendo someterse a una disciplina, tenía poderosa iniciativa y extraordinaria actividad. De ello dio prueba cuando, organizada y en funciones la Escuela Moderna y su biblioteca, quiso contribuir al movimiento de las reivindicaciones

proletarias con la creación de un periódico y de una biblioteca de propaganda. El periódico fue *La Huelga General*.

Uno de los biógrafos de Ferrer ha dicho:

“He interrogado a media docena de amigos íntimos de Ferrer sobre la evolución de sus ideas. Desgraciadamente no dejó obra alguna en la que se pudieran apreciar sus opiniones ya maduras. Su única obra literaria fue una gramática elemental de la lengua española. Pero hay bastantes pasajes en sus cartas y en su diario que corroboran el juicio que yo formé sobre sus últimas opiniones, después de haber interrogado cuidadosamente a sus amigos.”

Si el autor de esta cita hubiera conocido la existencia de *La Huelga General* y hubiera recordado que, según el auditor del 4º distrito, Ferrer usaba el pseudónimo *Cero*, hubiera tenido en cuenta unos artículos de aquel periódico que llevaban al pie esa firma.

A la publicación de aquellos artículos, de alguno escrito con mi colaboración, del programa de aquel periódico y de una carta interesante de Reclús, se dedica el presente folleto, en honra de Ferrer y en provecho de la emancipación de los trabajadores.

Al coordinarle, recuerdo con emoción aquellas horas dedicadas en el grupo “La Huelga General”, que se compuso de tres individuos: uno Ferrer, muerto gloriosamente; otro que cayó en el

miserable abismo del escepticismo, y el que firma con la temblorosa mano de la invalidez.

Léanse esos artículos que presentan la huelga general, pasando sobre los accidentes que ofrece en su contraste con el régimen actual, como arma defensiva y ofensiva del proletariado y como instauradora del futuro régimen comunista, y en ellos se verá que presenta hechos, aconseja línea de conducta y excita al estudio de futuros problemas que han de tenerse resueltos con precisión científica cuando lo exijan las circunstancias, dejando en esos escritos marcada la huella de su originalidad y de su carácter: rectitud, claridad, energía.

Lean los trabajadores esa prosa despojada de todo artificio y repleta de pensamientos, inspírense en ella para desarrollar el pensamiento, avalorando la propia personalidad, y así honrarán de manera positiva la memoria del racionalista que murió fusilado en aquel castillo donde pocos años antes se lanzó la idea de que habían de cerrarse los ojos a la razón.